

mejor derecho, que otras culturas dominadas por políticos, tecnócratas, burócratas y demás gentes de mal vivir.

Volviendo a lo esencial, es decir, las definiciones de base del presente ensayo: celebramos hoy, con todo el entusiasmo que se merece, el centenario de su nacimiento; tratamos de precisar su influencia, su presencia, en nuestra Cataluña y nuestra España de hoy, porque creemos que Josep Carner es uno de los grandes definidores de nuestra cultura, en forma específica la vertiente catalana de nuestra cultura. Y cuando un poeta se acerca a las raíces de su idioma, de su historia, de su literatura, siempre tiene que relacionar su presente con el pasado. Un pasado confuso, incierto, imperfecto. Un pasado en el que dominaba el espíritu primitivo, campesino, y, en poesía, los metros más sencillos.

Carner supo recrear el pasado sencillo, modesto, optimista, sensual, campesino —o marinero y pescador— de la Cataluña antigua, sin renunciar a algunas audacias sugeridas por el modernismo y la vanguardia; creo que, en conjunto, su influencia en la evolución de la poesía catalana de nuestro siglo ha sido más bien conservadora. Comparemos, al azar, un poema de las *Obras completas* de Carner con un poema de J. V. Foix, quizá escrito el mismo año, o un poco antes o después, no importa: parecen ser dos poemas escritos en dos planetas diferentes.

Lo cual no significa que el impacto total de la poesía de Carner deba de ser considerado como anticuado o retrógrado. Si comparamos la poesía de Carner con la de Juan Ramón Jiménez comprenderemos que dos sensibilidades muy cercanas dan respuestas distintas al problema de la creación poética en nuestro siglo porque —entre muchos otros factores— Juan Ramón sigue siempre atento a la inspiración del modernismo, con Rubén Darío a la cabeza de los inspiradores; para Carner se trata de recrear un clasicismo que Eugenio D'Ors se encarga de definir y que parece ser la única respuesta a las convulsiones del mundo moderno.

Generacionalmente, en términos de la península, Carner está mucho más cerca de Juan Ramón que de la generación del 27. Este es un hecho fundamental que no debemos olvidar.

Y es curioso que ambos poetas sean maestros en el uso de metros sencillos y cortos. En ambos casos ello se debe a una atención a lo que aporta el pueblo, la tradición ancestral: el modernismo, en conjunto (la excepción notoria es, naturalmente, el José Martí de los *Versos sencillos*) se vale de metros largos y reestructura en algunos casos dichos metros. Es heredero de una larga y rica tradición, que comienza con los poemas épicos medievales. Pensemos, ahora, que Carner vive en el seno de una tradición literaria diferente, por lo menos en matices, de la que dio origen a la *Chanson de Roland* y al *Poema de Mío Cid*. La épica no representa un gran papel en la literatura catalana clásica.

La poesía popular, las canciones, los villancicos, los romances, sí son esenciales en esta tradición. De ahí que la poesía de Carner, que refleja fielmente esta larga tradición, que continúa y lleva a su culminación muchos siglos de tradición poética catalana, sea tan abundante en metros cortos, en versiones modernas de los tradicionales metros de canciones y romances. Y también vale la pena subrayar que una literatura en que el pasado no es representado por la épica, y sí por las sencillas y

conmoveras composiciones populares, sin olvidar la historia (las crónicas de la conquista catalana, Jaime I, etc.) y el pensamiento filosófico y místico (Ramón Llull), dispone en el presente de amplias posibilidades hacia la ironía, la crítica, el análisis lógico y psicológico. Todos estos caminos quedan excluidos por la actitud épica. Claro está que la épica nos da textos gloriosos. Lo que nos quita un pasado con una mano nos lo da con la otra. El sentido de la poesía de Carner es, precisamente, celebrar un mundo en que la actitud épica no es ya necesaria, no es ya conveniente, y es quizá prescindible y olvidable. La modernidad, la modernización de nuestras culturas, imponen actitudes distintas. Y, sobre todo, un poeta como Carner, sin dejar nunca de ser personal, subjetivo, a veces íntimo, apasionadamente íntimo, intuye las necesidades de su cultura y de su lengua. La lengua literaria catalana de aquellos años de comienzos de nuestro siglo necesitaba a la vez disciplina y una nueva flexibilidad.

La disciplina significaba ponerse incondicionalmente al servicio de la reforma y normalización del lenguaje catalán llevada a cabo por Pompeu Fabra. Y son precisamente autores como Carner, leídos y respetados por todos los catalanes, los que ayudan a imponer las nuevas normas. La flexibilidad es cuestión más complicada. Cuestión, en parte, de adquirir y usar un vocabulario muy vasto, que permita referirse tanto a temas cotidianos y casi triviales como a asuntos filosóficos y trascendentales. Y en ello Carner se convierte muy pronto en maestro de su generación. La sintaxis también exige su atención: si comparamos unos cuantos poemas de Carner con otros tantos de Maragall —el grande, el excelso Maragall— nos sorprenderá de inmediato que frente a Carner la poesía de Maragall acusa a veces cierta torpeza. Hay en ella momentos de vacilación que jamás hallaremos en Carner.

No sé hasta qué punto las diferencias entre la poesía de Carner y de Maragall se deban a la influencia —poderosa, sin duda— de Eugeni d'Ors, el gran crítico de la generación de Carner y uno de los líderes máximos del pensamiento y la sensibilidad catalanas en nuestro siglo. D'Ors y sus seguidores, conocidos por el nombre colectivo de *noucentistes* (como si dijéramos «siglo veintistas»), fueron apartándose —progresivamente, en algunos casos; bruscamente en otros— del individualismo romántico de Maragall y sus contemporáneos. Como señala David Rosenthal, «escritores como Josep Carner, “Gerau de Liost”, y Carles Riba desarrollaron una poesía basada en la distancia estética, la ironía, y una nueva atención a la forma. Esta poesía intentó conscientemente recuperar los siglos perdidos por la literatura catalana y volver a establecer el contacto con el humanismo renacentista, una tradición que se sentía se había roto después de la época de Ausias March. El *Noucentismo* cumplió la tarea esencial de dar al verso catalán el toque final, el brillo de la cultura y la flexibilidad formal». (*Modern Catalan Poetry: An anthology*, pág. 24.)

Es muy posible que los cambios de orientación de Carner y los poetas de su generación se habrían producido incluso sin la influencia de Eugeni d'Ors. Pero también puede creerse que la coherencia, la lucidez, la vehemencia incluso del mensaje de d'Ors aceleró el proceso y lo dirigió hacia lo que podríamos llamar un «nuevo clasicismo» o un «clasicismo moderno», en que los temas y las formas renacentistas —el amor, la belleza, el soneto— iban a ser «reciclados» y puestos en contacto con las inquietudes de nuestro siglo e incluso con los atrevimientos de la vanguardia, sin

perder jamás la serenidad, la dignidad, la tensión interior heredadas de la gran tradición petrarquesca y renacentista.

Más aún: las raíces de estos poetas se ahondan hasta Grecia y hasta el pasado latino. No en vano son humanistas —y en algún caso, pienso en Carles Riba, humanistas de primerísima fila—. Este retorno a los clásicos griegos y latinos impone algunos temas esenciales, eternos, tales como el paso del tiempo —el siempre atractivo «carpe diem»— y los ciclos de la historia, incluyendo el eterno retorno. Ver el pasado en el momento presente, relacionar la vivencia pasajera con la eternidad. La eternidad en un momento vivido hoy; el infinito —como quería el visionario poeta inglés William Blake—, visto, intuido, en un grano de arena.

Lo notable es la ausencia de gestos grandilocuentes en el tratamiento de estos temas por Carner. Dos ejemplos, modelos de sencillez, de falta de retórica. El primero sobre el paso del tiempo y el retorno del tiempo, un «poema sencillo» digno de José Martí:

### *Adeu sense comiat*

*La primavera s'en va.  
Amb les parpelles ben closes,  
pensem en roses i roses:  
fem veure que durara*

### *(Adiós sin despedida*

*La primavera se va.  
Con los párpados cerrados,  
pensemos en rosas, rosas:  
finjamos que durará.)*

El segundo es más complejo e intenso, totalmente digno de algunos de los mejores poetas que figuran en la *Antología griega*:

### *En retornant*

*No veig damunt d'aquestes  
aigües, aigües sens fi, cap partió.  
I una gavina encara  
vola pel tremolor*

*de l'aire, ben en l'aire.  
Nuesa indiferent a tots costats,  
on es desfan escumes,  
ramells abandonats.*

*Tant és. Tota la terra  
tant és. I tot el si  
marítim, diu: —inútilment t'allunyes,  
que tot és sempre així.*

*Fóra altre cop immobilitat  
l'amor de tímid peu  
que t'ofereix, quan has girat l'esquena,  
el bes que ja no t'heu.*

*Tenebres enmurallen  
la vida i l'esperit;  
en un glop de desig l'adéu que plora  
fa tremolar la nit.*

*Que hi fa? Ja, si restessis,  
on fóra aquell esguard entre les mans?  
Tothom, quan torna el dia,  
és com el dia abans.*

Y, en la versión castellana de José Agustín Goytisolo, este poema, que pertenece al libro *El veire encantat* (El vaso encantado), de 1933, dice así:

### *Al volver*

*No veo encima de estas  
aguas, aguas sin fin, ninguna linde.  
Y una gaviota aún  
vuela por el temblor*

*del aire, cielo arriba.  
Indiferente desnudez: por todas  
partes, donde se rompen las espumas,  
ramos abandonados.*

*Da igual. Toda la tierra  
da igual. Y toda la extensión  
del mar, me dice: inútil que te alejes,  
pues todo es siempre así.*

*Siempre has de ver inmóvil  
a la amante de tímido pie  
que te ofrece, cuando te has ido,  
el beso que ya no podrá alcanzarte.*

*Tinieblas amurallan  
la vida y el espíritu;  
y el adiós que llora, en un abogo de deseo,  
hace temblar la noche.*

*¿Qué importa? Ya, si te quedaras,  
¿dónde estaría aquel anhelo de tus manos?  
Pues todo el mundo, cuando vuelve el día,  
es como el día antes.*

Aceptación entre melancólica y resignada de la soledad humana frente a la naturaleza, sin aspavientos ni gestos trágicos, quizá con cierto toque nietzscheano: si esto es la vida, con sus malentendidos y sus limitaciones, parece decirnos el poeta, la acepto: venga otra vez. Es así el suyo un clasicismo intimista en que nunca se dice «no» a la vida. Razón de más para que su obra ocupe un lugar destacadísimo en la cultura catalana moderna, tantas veces hostigada o acosada por circunstancias externas, tantas veces salvada por su vitalidad y su deseo de no renunciar a sí misma.

MANUEL DURÁN  
*889 Indian Hill Road*  
ORANGE CT 06477  
*Estados Unidos*